

Yotsipa, entre la tradición y la innovación, un diálogo permanente.

Aproximación a la figura del Mtro. León Rodríguez García, acérrimo promotor cultural de Tierra Blanca, Guanajuato

Yotsipa, Between Tradition and Innovation, a Permanent Dialogue. An Approach to Prof. León Rodríguez García, a Staunch Cultural Promoter of Tierra Blanca, Guanajuato

Norma Elva Espinosa Proa ^a, Eva Carolina Morán Velázquez ^b

Abstract:

Tierra Blanca, in the Sierra Gorda of Guanajuato, is an Otomi municipality with deep traditions. León Rodríguez García, born in the community of Cieneguilla, has dedicated himself to preserving his cultural heritage through education and community work. Together with his wife, Leonor Ramírez, they have created *Yotsipa*, a Community Cultural Center that promotes the learning and preservation of the Hñahñu culture. Inspired by the liberating pedagogy of Paulo Freire, Rodríguez promotes education based on dialogue, respect for nature and community collaboration. Its activities include teaching local traditions to children, such as the cycle of festivals and ancestral rituals, including the ascents to the *Pinal del Zamorano* mountain, and the preservation of the Otomi language. *Yotsipa* seeks to revitalize the cultural heritage through training and the transmission of knowledge, in order to ensure that new generations keep the community's identity alive.

Keywords:

Otomí Traditions; Cultural Preservation; Mayordomía; Community Education; Fraternity.

Resumen:

Tierra Blanca, en la Sierra Gorda de Guanajuato, es un municipio otomí con profundas tradiciones. León Rodríguez García, nacido en la comunidad de Cieneguilla, se ha dedicado a preservar su herencia cultural a través de la educación y el trabajo comunitario. Junto a su esposa, Leonor Ramírez, ha creado *Yotsipa*, un Centro Cultural Comunitario que promueve el aprendizaje y la conservación de la cultura hñahñu. Inspirado por la pedagogía liberadora de Paulo Freire, Rodríguez fomenta la educación basada en el diálogo, el respeto por la naturaleza y la colaboración comunitaria. Entre sus actividades destacan la enseñanza de las tradiciones locales a niños, como el ciclo de fiestas y rituales ancestrales, incluyendo los ascensos al Pinal del Zamorano, y la preservación de la lengua otomí. *Yotsipa* busca revitalizar el patrimonio cultural a través de la formación y la transmisión de saberes, con el fin de asegurar que las nuevas generaciones mantengan viva la identidad de la comunidad.

Palabras Clave:

tradiciones otomíes; preservación cultural; mayordomía; educación comunitaria; fraternidad.

^a Autora de Correspondencia, Promotora Cultural e Investigadora de Cultura Popular Independiente, Guanajuato, México, <https://orcid.org/0009-0005-4376-5059>, Email: proanespi@gmail.com

^b Autora de Correspondencia, Promotora Cultural e Investigadora de Cultura Popular Independiente, Guanajuato, México, <https://orcid.org/0009-0006-9658-2587>, Email: eemoran@gmail.com

Introducción

Enclavado en la región noreste del estado de Guanajuato, el poblado de Tierra Blanca es sinónimo de indígenas, cestería y fuertes tradiciones. Territorio ubicado en la Sierra Gorda que nos remite a ese valle que está situado en las márgenes del torrente del Pinal del Zamorano y donde de inmediato se percibe la armonía, entre sus caminos transitados por peregrinos y devotos, perseverantes y defensores de sus raíces. Región donde aún subsisten las celebraciones ancestrales que dan unidad y razón de ser al entramado social. Ahí todos trabajan para un mismo propósito: todos con el designio de seguir conservando sus costumbres y todo aquello que los identifica, así como los distingue. El ritual, la tradición y las expresiones propias perduran y se manifiestan gracias a la estructura eminentemente precolombina de la mayordomía, donde la voluntad y la fraternidad suponen el fundamento que la soporta:

La mayordomía en las culturas prehispánicas implica una relación de respeto y responsabilidad hacia la tierra y sus recursos, entendiendo que todo lo que se recibe debe ser cuidado y transmitido a las futuras generaciones (Gómez, 2010, p. 112).

No por nada volvemos la mirada hacia aquella esquina septentrional de nuestro estado para formalizar, una vez más, el merecido reconocimiento a aquellas personas que nos ofrecen parte sustancial de su sabiduría, de su conocimiento y pasión por la vida.

Sábado—seis de la mañana. Salimos de la ciudad de Guanajuato con la intención de visitar al profesor León Rodríguez García. Dentro de dos semanas se llevaría a cabo la celebración de Día de Muertos en la congregación. León y Leonor, su mujer, son nuestros fieles aliados en la organización del evento, de cualquiera que sea el evento. Sin ellos sería difícil o casi imposible lograrlo. Atravesamos San Miguel de Allende con rumbo a San José Iturbide. Mientras más nos acercamos a nuestro destino, todo comienza a ser diferente: la luz, el paisaje, todo cambia de color. Cada detalle parece prepararnos para descubrir, todavía en las alturas de El Salto, el descenso hacia el maravilloso valle que parece recibirnos como en casa. Bajamos la cañada, repasando los nombres de algunas de las 19 comunidades aledañas, rememorando a algunos de sus habitantes... Finalmente, Cieneguilla, la casa de León y Leonor. El portón está abierto pero, el

maestro no se encuentra, como es costumbre. Seguramente estará haciendo alguna diligencia, un mandado, de encargo. Siempre activo, prestando apoyo y resolviendo asuntos de y para su comunidad. Pero su casa siempre está abierta. Los tupidos helechos que cuelgan a su entrada parecen darnos la bienvenida. Un grupo de niños trabaja en el jardín, junto al temascal. Leonor prepara el almuerzo para los chicos. ¡Con esa cocina abierta y tan luminosa sí que dan ganas de cocinar!

Debido a sus antecedentes históricos, al igual que por su conformación geográfica, Tierra Blanca, municipio al cual pertenece la comunidad de Cieneguilla, posee una gran riqueza y diversidad en sus tradiciones. Creencias llenas de fe y orgullo que constituyen el eje de la vida espiritual de la comunidad y la convivencia fraterna cotidiana. La población, de raíz otomí, aún conserva huellas de sus dioses antiguos, a los que se les rinde culto, manteniendo viva su cosmovisión. En palabras del propio Rodríguez García:

Para mi, [estas manifestaciones cósmicas] son revelaciones del pasado para poder vivir el presente, para afianzarnos y proyectarnos hacia el futuro. Son la esencia de la vida cotidiana. Ello nos equilibra, nos vuelve agradecidos con lo que tenemos; de esta forma valoramos la vida, las flores, el viento, las plantas, el sol, las estrellas, todo, y reconocemos a los demás en la convivencia, en la fraternidad de nuestras fiestas, de nuestras tradiciones ancestrales¹.

Antecedentes biográficos

León Rodríguez García nació en la congregación indígena de San Ildefonso de Cieneguilla, el 25 de julio de 1962. Es el segundo de los dos hijos que tuvo el matrimonio formado por Tomás Rodríguez González y María del Rosario García Hernández, quienes estaban dedicados a la elaboración de canastas de carrizo y a la siembra de frijol y maíz. Según su propia narrativa, León disfrutó ampliamente su infancia, entre la milpa y la Escuela Primaria indígena Miguel Hidalgo. Desde pequeño inició su gusto y posterior conocimiento por las fiestas tradicionales de la población. Su participación en

¹ Rodríguez, L. y Ramírez, L. Entrevista realizada por Eva Carolina Morán Velázquez y Norma Elva Espinosa Proa, en la comunidad de Cieneguilla, el 9 de abril de 2013. Todas las citas consecuentes no referenciadas surgen de dicha conversación y las reflexiones autorales.

estos eventos, y su infancia feliz, lo arraigaron profundamente a su lugar de origen, por lo que, en la adolescencia, le fue complicado partir a otra ciudad para continuar con sus estudios.

Mi comunidad es una de las 19 que integran a la Congregación Indígena Otomí (...). Es el corazón de las demás; en ella se culminan las siete fiestas tradicionales. Allí se encuentran las cocinas comunitarias que congregan a las personas en las fiestas tradicionales que inician en noviembre y culminan en junio del siguiente año.

En la tradición otomí-hñahñu, la simbología ancestral juega un papel esencial en el ciclo de fiestas de la congregación, ya que estas celebraciones no sólo son eventos sociales, sino también manifestaciones profundas de una cosmovisión que conecta a la comunidad con sus antepasados, la naturaleza y lo sagrado. Cada símbolo, presente en las ofrendas, danzas, vestimentas y rituales, es portador de significados transmitidos a lo largo de diversas generaciones, y refleja la relación espiritual de los otomíes con el universo. Estos símbolos no sólo rememoran u honran el pasado, sino que también actúan como vehículos para la renovación del pacto comunitario con el mundo espiritual, asegurando el equilibrio entre el hombre, la tierra y las fuerzas cósmicas. Así, el ciclo de fiestas no es nada más una repetición de tradiciones, sino una reafirmación de la identidad cultural y espiritual de la comunidad hñahñu.

Rituales de ascenso al Pinal del Zamorano

De tiempos remotos se tienen antecedentes orales y documentados sobre la importancia que representaba –y actualmente representa– para determinados grupos sociales, el ascenso al monte Pinal del Zamorano, principalmente para los grupos otomíes de San Pablo Tolimán, en el estado de Querétaro, y Cieneguilla, en Guanajuato. Para los oriundos de la población guanajuatense, existen cuatro fechas relevantes que se relacionan estrechamente con este lugar: la primera tiene lugar a principios de abril; la segunda, entre el 15 y el 17 de mayo; la tercera ocurre específicamente el 14 de septiembre, y la última, el 27 de diciembre.

El primer ascenso al Zamorano corresponde a un número de personas seleccionadas para efectuar el descenso de la Santa Cruz, que deberá ser trasladada por diferentes comunidades del municipio, hasta concluir su recorrido en Cieneguilla; es importante mencionar

que en el desarrollo de este traslado destaca la participación de los habitantes para compartir los alimentos que se preparan exclusivamente para todas las personas que intervienen en la peregrinación, que dura más de un mes. La convivencia generada por el acontecimiento posibilita el fenómeno de la *resurrección* de la fraternidad. Dice Santos al respecto: "La fraternidad no es sólo un ideal, sino una necesidad ética que nos obliga a reconocer la dignidad del otro y a construir juntos un mundo más justo" (Santos, 2014, p. 65). Los cantos, las velaciones y el apoyo mutuo fortalecen las buenas relaciones entre los habitantes de las comunidades involucradas en este fenómeno.

El ascenso comprendido entre el 15 y el 17 de mayo es el más numeroso, logrando reunir en el trayecto a una cantidad que supera los dos mil participantes: desde niños hasta adultos se unen en este caminar constante para depositar en lo más alto del cerro, una vez más, la Santa Cruz. El recorrido se prolonga durante más de una jornada y, en cada descanso, se destaca la extraordinaria riqueza multicolor de flores y ofrendas naturales con la que la Santa Cruz es adornada. En este sentido, se manifiesta la concepción ancestral –por supuesto, prehispánica– de la cruz, que no puede estar desvestida en ningún momento. Como lo afirman los ancianos, *la Santa Cruz es nuestra madre, es la madre tierra que cobija a sus hijos y les da de comer a través de las plantas que florecen y reverdecen...*

La Santa Cruz es la representación de una madre protectora y generadora de vida, situación que se hace evidente en los dos últimos ascensos del 14 de septiembre y el 27 de diciembre, por un grupo más reducido como especial. Las personas destinadas para ambas ocasiones deben cumplir con el *encargo* de los mayordomos de trasladar, hasta la cumbre, el *vestido* de la Santa Cruz, consistente en coronas de chimal y suficientes flores frescas, que durante casi toda la noche son trasladadas hasta la cima donde se encuentra la cruz, y así, a las seis de la mañana, el contingente ya se encuentra en lo más alto de la montaña para que se vayan colocando las ofrendas florales que dos noches anteriores se acomodaron cuidadosamente en los canastos de carrizo, cumpliendo una vez más el compromiso que heredaron los *xhitas*.

Volviendo a los hechos...

El profesor Rodríguez continuó sus estudios en la Secundaria Tecnológica Agropecuaria del municipio de San José Iturbide y, más tarde se mudó a San Luís de la Paz, al Centro de Estudios Tecnológicos Agropecuarios.

Cursó la Licenciatura en Educación, en la Universidad Pedagógica de Celaya, y realizó una maestría en Sociología Educativa, en el Instituto de Estudios Científicos y Tecnológicos de Guanajuato. Durante diez años trabajó para el Sistema de Administración de Recaudación Hacendaria Central, en el municipio de Atarjea, y hoy en día se dedica a la práctica docente y la promoción y divulgación del patrimonio cultural. Es coordinador académico en el Centro de Desarrollo Educativo de Tierra Blanca.

En 1984, León se casó con Leonor Ramírez Cabrera, originaria de la comunidad, también indígena, de Cañada de Juanica, perteneciente a Tierra Blanca. Leonor es Licenciada en Formación Cívica y Ética, y Maestra en Desarrollo Docente. Juntos tienen dos hijas: Nadia, maestra de español, y Diana, que actualmente está por terminar sus estudios en Ingeniería Ambiental. "Como familia compartimos mucho: sueños, ideas, esperanzas. Amamos nuestra tierra, nuestra cultura y nuestras actividades con la comunidad".

El profesor Rodríguez explica el porqué comulga con el pensamiento del pedagogo brasileño Paulo Freire, autor de la *pedagogía liberadora*, la cual se fundamenta en el *diálogo* como fenómeno humano por el cual se nos revela la palabra: "El diálogo es la esencia de la educación en la libertad; (...) es el medio para que las personas se descubran a sí mismas y se reconozcan como sujetos de su propia historia" (Freire, 1996, p. 92). León Rodríguez García considera que existe mucha similitud entre esta pedagogía y el contexto social de su comunidad, su aplicación sin opresión ni forzamiento. En sus propias palabras:

La (cosmo)visión otomí nos conecta con la naturaleza, con el universo. Desde la lengua, que es un canto, el saludo, que nos recuerda que Dios se expresa a través de todo lo que nos rodea: de las flores, el canto de los pájaros, de la lluvia. La forma en que nos integramos al universo como una hebra del tejido universal y social y el cómo recrearnos en este universo como parte de Él, no como seres superiores.

Yotsipa, una dualidad creadora

Al lado de su esposa, León Rodríguez desarrolla en su casa actividades especiales enfocadas tanto a la docencia como a la difusión y conservación del patrimonio tangible e intangible de la región. Estas actividades tienen ya una estructura organizada tal que su hogar se ha convertido en un verdadero *Centro Cultural Comunitario*, al que se intituló *Yotsipa*, que en

lengua otomí significa *dualidad creadora*. En relación a la docencia, el matrimonio convoca a maestros, padres de familia y niños, desde segundo grado de primaria, hasta secundaria y preparatoria, para que asistan los sábados y domingos a las *comunidades de aprendizaje*, con una única condición: *el deseo de aprender algo hoy y, al mismo tiempo, compartir algo con el otro*. Esta estrategia es la que ha permitido a León y Leonor el darse cuenta de que la educación es amor y diálogo, es un caminar juntos, un *educarnos* entre todos. Comunicación de ida y vuelta, eliminando la contradicción entre educador y educadores. Por el contrario, ambos se educan *entre sí*, mientras se establece un diálogo en el cual tiene lugar el propio proceso educativo. Con el diálogo mantenido entre todos, la familia Rodríguez Ramírez comparte con su comunidad, la reflexión introspectiva. De esta manera, se promueve lo que aún se preserva de la tradición. Se platica en las escuelas con los niños y con los padres de familia, con los estudiantes de otros niveles, con todas las personas que se interesan por la cultura otomí.

Uno de los aspectos que el profesor Rodríguez trabaja con especial atención es el hecho de que los niños aprendan a través de la experiencia y el contexto real y propio. Por ello, promueve actividades que tienen como punto de partida la vida diaria, tratando de desarrollar en los niños las competencias comunicativas esenciales, así como el manejo de la información y el trabajo colaborativo desde el seno de su propia comunidad.

Yotsipa realiza actividades de rescate y difusión del arte y la cultura de la región. Como ejemplo está el proyecto *Revitalización del Patrimonio Cultural en Riesgo*, el cual se lleva a cabo en la misma locación, y cuyo principal objetivo es la formación de niños-guías. A través de este proyecto, el profesor ha atendido, en colaboración con otros expertos, a varios grupos de niños de la Escuela Primaria Miguel Hidalgo, inculcando en ellos el conocimiento y el respeto por su historia y sus tradiciones. Con ese fin, Rodríguez ha establecido una metodología tendiente a integrar todos los aspectos más importantes de la cultura otomí, principalmente la historia del pueblo hñahñu, inscrita en la recuperación de sus hechos fundamentales, y todo lo que puedan aportar las evidencias materiales, así como sus tradiciones orales, piezas arqueológicas y algunos ejemplos preservados de pintura rupestre.

El maestro Rodríguez García tiene muy claro que la recuperación y conservación de las tradiciones culturales debe ser el centro de su programa educativo, dado que se trata de un aspecto vivo que incide directamente en la forma de organización y vida

comunitaria de la congregación. En ello, las fiestas ocupan un lugar preponderante pues representan el momento –tiempo y espacio– de la recuperación de lo antiguo, y su renovación para la vida futura, lo que tiene que ver con prácticas tanto religiosas como culturales de todo tipo, incluidas las expresiones como la música, la danza y la gastronomía.

El constante trabajo con los niños es muy importante pues, a la larga, de ellos dependería la conservación de las tradiciones y la identidad de la comunidad, en la que tienen particular distinción, aquellas que se refieren al principio y el fin de los ciclos anuales agrícolas y astronómicos, rituales y celebraciones ya completamente asimilados a una forma muy especial y sincrética del catolicismo en la que se mezclan elementos del pasado más remoto y la tradición heredada en la era colonial, como puede serlo, la construcción de la ofrenda titula *xúchitl* o chimal.

Para León Rodríguez, la herencia ancestral de la cosmovisión hñahñu es trascendental pues considera que ésta regula todo el saber y el propio quehacer del ser humano: “Me reconozco, reflexiono y hago algo por transformar la realidad, y en esto pongo el pensamiento, la palabra, el corazón y mis manos para integrarlo en acciones. Y, sobre todo, con mi familia, mi esposa y mis hijas”. Cuando le preguntamos cuál era su manera de promover la cultura regional, su respuesta fue: “Se promueve haciendo lo que aún se preserva, saludando en otomí, cantando y disfrutando de nuestras comidas tradicionales cuando nos visita alguien, haciendo nuestro temascal...”.

En *Yotsipa* se organizan reuniones periódicas de diversos grupos de reflexión y nuevas propuestas. De igual manera, se ofrecen recorridos con los más variados e interesante temas dependiendo del interés particular de cada grupo solicitante. Así, se pueden visitar los oratorios y capillas existentes en la región y conocer sus orígenes y parte de la historia. En los recorridos ecológicos también podemos conocer su flora y fauna, o simplemente pasar un día completo en la comunidad, saborear la deliciosa cocina tradicional y disfrutar de un revitalizador baño de temascal, que bien podría ser terapéutico o ceremonial-ritual y de purificación.

Como pago a estas actividades, Leonor y León prefieren canjear su tiempo, conocimiento, instalaciones y hospitalidad por un algo que va (y ve) *más allá* del beneficio meramente personal o económico; es decir, si los grupos atendidos son organizaciones con capacidad e interés de ofrecer otro tipo de apoyo, la familia

Rodríguez Ramírez trata de acordar la realización de obras más grandes que beneficien de manera más profunda y perdurable a su comunidad, tales como la creación de un centro educativo, la construcción o adquisición de un inmueble comunitario o intercambios entre los jóvenes.

Conclusión

Estamos convencidas de que el esfuerzo que León Rodríguez García realiza en cuanto a la preservación de la lengua y las tradiciones otomí-hñahñu es de suma importancia, ya que su trabajo no sólo contribuye a la supervivencia de una lengua ancestral, sino también al mantenimiento de la identidad cultural y la riqueza espiritual de su comunidad. Preservar la lengua va más allá de conservar palabras: implica resguardar formas de pensar, de entender y asimilar el mundo y de transmitir conocimientos que han sido parte integral de la historia y del legado de los pueblos originarios. Al mismo tiempo, su esfuerzo por mantener vivas las tradiciones asegura que los rituales, creencias y prácticas que han forjado la cohesión social y la relación armónica con la naturaleza no se pierdan en el proceso de modernización. Esta ardua labor es, sin duda, una contribución vital para el fortalecimiento del patrimonio cultural de las futuras generaciones.

Como coordinador académico en el Centro de Desarrollo Educativo de Tierra Blanca, el maestro se prepara continuamente y asiste a cursos de capacitación en la Universidad Autónoma de Querétaro y, a su vez, imparte talleres para preparar a los maestros de las diversas escuelas bilingües de la región. Cuando le preguntamos qué significa para él el reconocimiento que el Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato le hace hoy, su respuesta nos conmueve, mostrándonos que realmente la fraternidad sí existe en la región y es natural en sus habitantes:

Para mí significa una mirada a nuestra región, un reconocimiento de la realidad, de la identidad de Guanajuato, de la zona noreste, de que también somos venas que alimentan el corazón de la cultura y la educación de nuestro estado. Y el reconocimiento es para Leonor, para Nadia y para Diana, para mis compañeros de trabajo que me fortalecen, para los niños que son ya el presente de la cultura, de la tradición y aportan algo para transformarnos, para educarnos en la palabra y en el diálogo permanente. Esto significa que nuestro corazón sigue latiendo para seguir viviendo.

Referencias

- [1] Freire, P. (1996). *Pedagogía del oprimido*, trad. Jorge Mellado. Siglo XXI.
- [2] Gómez, J. (2010). *Sabiduría ancestral: la relación del ser humano con la naturaleza en las culturas indígenas*. Siglo XXI.
- [3] Santos, B. de S. (2014). *La difícil paz entre la humanidad y la naturaleza: el horizonte de la justicia ecológica*. Akal.